



"Guernica", de Picasso.

los de sus antiparras a la hora de conceder el aprobado a los novelistas de acción españoles. Si se tratara de Greene —por ejemplo, el Greene de *El factor humano*—, las dudas incluso ofenderían a

quien se precie. Si se trata de González-Aller —aunque sea este formidable novelista de *Operación Guernika*—, el hielo de la crítica no deja ver el mar de los zarzapos. ¿Comenzará finalmen-

te, con *Operación Guernika*, a resquebrajarse el helado silencio que pesa sobre la novela de acción española? Aller, por su parte, ha hecho todo lo posible. No se puede dar más por menos. ■

## Un estilista y partisano de lo fétido

**P**OCOS escritores más reconocibles en cualquiera de sus obras, sea cual sea el género que toquen, que Jean Genet. Entre nosotros es más o menos conocido del gran público por las versiones de *"Las criadas"*, estrenadas por Víctor García y Antonio Corencia. Sin embargo, teatralmente hablando, nos faltan piezas suyas de la entidad de *"El balcón"*, *"Los negros"*, *"Los biombos"*. El Genet novelista se nos muestra ahora en *"Querella de Brest"* (1), y se anuncia para fecha próxima *"Milagro de la rosa"*. De *"Diario de un ladrón"* existe traducción no fácilmente encontrable, y quizá sea su obra más personal. *"Nuestra Señora de las Flores"* fue publicada en diversos países con un prólogo de Jean-Paul Sartre, que no en vano fue de los intelectuales que más se comprometió para rescatar a Genet, a la sazón en el trullo acusado de todo lo imaginable: homosexual, saltador y, sobre todo, confeso a mucha honra.

Porque todo en la obra de Genet, y *"Querella de Brest"* no es excepción, se fundamenta en la exhibición provocadora del más tajante de los rechazos hacia el código moral de nuestra sociedad. Genet se consagra, desde la primera línea de lo que escribe, a sacar a la luz cuanto de podrido, sucio, amenazador y chulo pulula por los submundos. Toda su literatura tiene un cierto retintín militante, soberbio. No en vano procura que se note que no habla de oídas, sino que le fue el pellejo en trances como los que pinta.

Pero Genet no es sólo un testigo, o un testigo que denuncia. Mucho menos es sólo una víctima, o un verdugo, ni siquiera sólo un partisano de una causa maldita. Es igualmente un estilista. Su prosa, a la par que el concepto ceremonial de su teatro, está trabajadísima, como resultado de un tremendo afán de cálculo entre lo exquisito o lo cutre. Por ejemplo, en *"Querella de Brest"* hay no poca *"metafísica del mal"*, y en otro autor ello se-

## ADIOS A LAS LETRAS

### ESCRITOR DE LOS OCHENTA

**E**STE país tuvo su escritor de los sesenta, leyó a los de los setenta y ya se apresta a recibir al escritor de los ochenta.

Muy a su pesar, el escritor español de los ochenta es Alvaro Pombo, del que ya hemos hablado alguna vez en esta estólida columna dórico-jónica.

Alvaro Pombo te recibía en Londres con un paraguas y una chaqueta de cuadros y una camisa de franela y unos tenis blanquiazules. Luego te despedía inmediatamente, porque se iba a leer sendas páginas de Hölderlin y Hegel.

Luego se cansó de aquel setenta brumario y, cuando ya la década expiraba, se vino a Madrid a ver dibujos los domingos. Y a hablar con los amigos, porque es uno de los solitarios más comunicativos de entre todos los que nacieron en la Montaña en 1939.

En Londres lo veía yo con dos caballos enjaezados de la literatura, Vicente Molina-Foix y Juan Antonio Masoliver. El primero era su dúo en las conversaciones interminables sobre don Juan Benet. El segundo era su exegeta fabuloso, el hombre que puede presumir hoy de ser el mejor lector —y el descubridor, el descubridor "tabernario": Juan Antonio lo descubría todo en un "pub"— del mejor escritor español de los ochenta.

En Madrid no le veo, pero le oigo y le leo, que tratándose de Alvaro Pombo son dos placeres incompletos. Alvaro es, además de su signo literario, su gesto y su palabra. Es cómo se come un bocadillo y cómo avanza, haciendo que la cabeza llegue primero que sus ojos a cualquier puerto de la conversación o del encuentro amistoso.

Ahora acaba de publicar, con Rosa Regás, su *El parecido*, libro al que la gente denomina primera novela de Alvaro Pombo y a mí me horroriza que de ese modo se señale un libro, porque Alvaro Pombo no escribe novelas, ni narra relatos ni versifica poemas. Escribe. Es un escritor. En mucho tiempo, quizá desde aquellos tiempos de Aldecoa y Ferlosio, este país no había dado un escritor tan de cuerpo entero y de ojos azules.



Alvaro Pombo.

Me mueve la amistad, y la admiración, claro, hacia este filósofo de la literatura, que tiene entre sus manos la capacidad de mover un mundo que existe y al que él es capaz de rodear del subjetivismo realista que le convierte en el poeta que es.

Estamos, pues, ante una obra literaria que habrá que seguir a veces con lupa y a veces con los simples ojos abiertos. La única exigencia que este escritor impone a los lectores es la de que éstos sean inteligentes. Pero no hay que desesperar. La inteligencia se aprende leyéndole. ■ SILVESTRE CODAC.

(1) Debate Literatura. Madrid 1979.

ría literariamente insoportable: en cambio, Genet se las ingenia para que aceptemos enormes dosis de lo que podríamos llamar cursilería canalla. Por otro lado, su técnica se sustenta sobre refinamientos de alquimista, como muestra al cambiar de plano temporal en el mismo párrafo, incluso de personaje: técnica ésta bien empleada por un novelista colombiano reciente, Luis Fayad, en "Los parientes de Esther".

"Querella de Brest", por supuesto, es historia de grumetes, de puertos sórdidos, de cuchilladas esquineras, de burdeles podridos, de glorificación de la homosexualidad; relato abiertamente retador, calientacosas. Están aquí todos los temas genéticos: la fatalidad, el impudor, los laberintos de la toma del poder en el seno de la relación. Está el tocarse de los extremos, la enemiga a muerte que a la vez es culpable fraternidad entre víctima y verdugo, asesino y policía. Está el tema del doble, intrincado con el del deseo: Fulanito que se parece a Zutano y Menganito llega un momento en que ya no sabe a quién desea, si al uno para desear en realidad al otro, o al otro para cercar al uno, o si todo es una enrevesada forma de rechazo y huida. Está el anhelo inocente, el fraude, la degradación, la erótica y la irónica mística entre humillado y ofensor.

Tanto en el aspecto de la provocación social, como en el del ejercicio estilístico, al lector español de hoy le será sin duda difícil llegar a imaginar la fuerza que en su momento, en Francia, pudo tener la actitud literaria de Genet: actitud que, en lo político, también fue inequívoca en problemas tan eludidos por la inteligencia como el de Argelia: Genet

Joan Genet.



estuvo siempre a favor del FLN. Pero, aun existiendo esa dificultad, para nosotros de beber el genuino sabor del Genet directamente combativo contra su sociedad, la novela arrastra sin duda, corroe, siembra la duda. En cierto sentido, es como un reverso de Gombrowicz, en cuanto a la utilización del humor: y sin embargo, ambos están cerca en su juego de dualidades, en su dialéctica de la dominación, en su escepticismo hacia lo que les cae encima. ■ MIGUEL BAYON.

### La poesía de Lorenzo Varela

**G**ALICIA ha perdido en los últimos meses a tres importantes figuras de su poesía más representativa: Lorenzo Varela, Luis Seoane y Celso Emilio Ferreiro. Recientemente se publicaron dos libros que recogen la poesía completa —tanto la escrita en gallego como la escrita en castellano— de Lorenzo Varela. En uno de ellos, titulado simplemente *Poesía* (1), se incluyen los cuatro libros que Lorenzo Varela había publicado en vida: *Torres de amor*, *Cuatro poemas para cuatro grabados*, *Lonxe* y *Homenaje a Picasso*. El otro, *Lorenzo Varela. Homaxes* (2) —preparado

(1) Edición de Castro. Sada-A. Coruña, 1979.

(2) Edición de Castro. Sada-A. Coruña, 1979. En edición Cuco-Rel de Luis Seoane.

precisamente por Luis Seoane, amigo y compañero del poeta en el largo exilio bonaerense, cuya portada no pudo terminar el gran pintor por haber muerto antes de la aparición del libro y que se publicó tal como él había dejado el boceto correspondiente— recoge todos los poemas de Lorenzo Varela no reunidos hasta ahora en libro. Los dos volúmenes están ilustrados con magníficos grabados de Luis Seoane.

Pese a lo escaso de su obra poética y a lo poco conocido que es —las jóvenes generaciones gallegas acaban de descubrirlo ahora con sorpresa—, Lorenzo Varela es, sin duda alguna, uno de los poetas gallegos más interesantes de los últimos cincuenta años. La perfección formal que caracteriza su verso enfunda una hondura de sentimiento y una lucidez de pensamiento sin más fronteras que las de la fatalidad humana. El poeta domina como un enamorado orfebre el armazón del soneto y otros moldes clásicos y dota al romance de gozosa savia popular viva. Vive y piensa el poeta en Buenos Aires —donde ejerció como crítico de arte y estuvo embarcado en sugestivas y trascendentales empresas literarias—, pero el corazón se le desparrama en vivencias que reconstruyen cálidamente el recuerdo, oreado por la brisa de la nostalgia. Así, dice en *Torres de amor*: *No me digáis, amigos, que eran sueño / amores y batallas ya pasados; / y que es*

sólo ilusión desamparada / la fe que vive sólo por sus huellas. / Torres de amor son hoy, / de piedra enamorada: / Dejad que las campanas / fieles de mi destino / hallen el tiembo de su aliento erigido...

Sabe el poeta que el futuro soñado se ha truncado para siempre jamás y que el futuro real no propicia más que sueños de pesadilla y angustia. El es un vencido: los vencedores lo han apartado brutalmente del triste, sordido presente de su tierra encadenada. Se siente deshabitado del devenir, desgajado de las raíces, y se rebela contra el áspero destino individual y colectivo, pero sabe perfectamente que su rebelión no fructificará, que será una voz humana más clamando en el desierto de la adversa realidad, sólo una voz estéril más, excepto para los no venales frutos de la creación poética: ¡Sólo mi voz desterrada, ¡ay!, y mis ojos! / ¿Y cómo van a desterrarme entero, / si es mi cuerpo figura de tu polvo, / si mis huesos son barro de tus eras / y la sal de tu mar está en mi piel? / ¡Sólo mi voz desterrada, ¡ay!, y mis ojos!

Ni siquiera el consuelo de la presencia viva —aunque lejana— de la madre, de la que ignora incluso si alienta aún en la tierra gallega, tan amada por el poeta como prohibida para él por los nuevos, advenedizos e inflexibles amos: *Nada sé de tus horas, y, sin ellas, / sin el sufrido aroma de su tiempo / y sin esa voz mística que añoro, / roza mi alma un ala dolorosa, / un tenebroso viento sin morada final: / sin la noble mantilla de tus hombros. / Y vivo en ansiedad hora tras hora, / Perpetua, madre mía...*

A veces, a destiempo y esporádicamente, llegan de la tierra nupcial, expoliada y ultrajada, no

Lorenzo Varela.

